**FINALIDADES DE LAS INTERACCIONES HUMANAS**

Charles Darwin, naturalista inglés y autor de la teoría dela evolución de las especies, sostuvo que en la lucha por conseguir alimentos y recursos en un medio limitado, el triunfo era para el más fuerte y más apto. Así, de acuerdo a esta teoría, la vida humana estaría presidida por el odio, los celos y la guerra. Pero la historia a través de muchos ejemplos nos muestra que es más oportuno imaginar a las personas cooperando entre ellas en una lucha contra la naturaleza hostil y cambiante. El estilo cooperativo que conduce a la ayuda mutua no sólo se impone en general entre los seres humanos, sino que caracteriza a las criaturas más avanzadas en cualquier grupo. Esto demuestra la supremacía dela ayuda mutua sobre la competencia y reafirma el carácter social de las relaciones entre las personas.

Arriesgar la vida para proteger a un hijo es natural y sirve a un propósito: garantizar el futuro y perpetuar la especie; pero la conducta altruista, la disposición para ayudar a un extraño, no es natural y, sin embargo, los seres humanos lo hacen. Damos monedas a los pordioseros, nos condolemos por el sufrimiento ajeno, etc. Esto demuestra la verdadera naturaleza humana: *la capacidad propia para ponerse en los zapatos de otro y desde ahí comprenderlo; la facultad de sentir la pena, el dolor ajeno y querer aliviarlos (la “empatía”).*

El ser humano es un ser de relaciones. Nacemos biológicamente humanos, pero esta potencia solamente se realiza cuando vivimos con los demás y cuando aprendemos de ellos. Dice el filósofo español Fernando Savater que ser humano “consiste en la vocación de compartir lo que ya sabemos entre todos, enseñando a los recién llegados al grupo cuanto deben conocer para hacerse socialmente válidos”. Nos hacemos humanos al vivir con otros, pero esos otros ya están allí y además se encuentran organizados en grupos sociales. Por tanto, estamos obligados a aprender de esos grupos sociales para formar parte de ellos. A esto se le llama vivir en sociedad y equivale fundamentalmente a aprender a convivir con los demás, que es la base de las interacciones humanas.

La vida misma es interacción: relación o vínculo. Todos estamos en una conexión con lo que compone nuestras vidas, en este mismo instante: nada está realmente aislado en el Universo y todo está relacionado, lo que ocurre en un punto de la Tierra puede repercutir en todos sus otros puntos. Edgar Morin, filósofo francés, dice que el ejemplo más claro de esto lo encontramos en la meteorología y se conoce como el “efecto mariposa”, por el cual una mariposa que bate sus alas en Australia puede, por una serie de causas y efectos puestos en movimiento, provocar un tornado en Buenos Aires.

Cada individuo en una sociedad es parte de un todo, pero ésta interviene, desde el nacimiento, con su lenguaje, sus normas, sus prohibiciones, su cultura y su saber. Los seres humanos se necesitan unos a otros y para ellos nos insertamos en comunidades, que a su vez forman parte de grupos sociales más amplios que constituyen naciones y que integran al mundo. Pensar y sentir esta interconexión con todas las cosas y sabernos parte del universo es uno de los grandes goces espirituales que contribuyen a satisfacer la necesidad humana de conocer quién soy y qué lugar ocupo en el mundo.